

Juan Luis Sariego: Un maestro ejemplar

Amelia García Ramírez
EAHNM-Creel

Aún está presente en mi memoria la primera vez que platicué con mi querido maestro Juan Luis Sariego. Fue en el año 2005 cuando terminábamos el segundo semestre de la licenciatura en antropología; yo estaba en el patio de la EAHNM (en ese tiempo ENAH-Chihuahua) en aquella casa naranja de la calle décima, esperando al maestro Raúl García y a otros compañeros más para irnos a nuestra primera práctica de campo a la ciudad de Parral y a Valle de Allende. Recuerdo que Juan Luis bromeaba al decir: qué pensaría Malinowski sobre los objetos que llevábamos a nuestro trabajo de campo. Al marcharnos se despidió con una sonrisa y un cálido abrazo; sin saber todavía, que más tarde sería una de las personas más importantes que marcarían mi vida profesional.

El haber sido su alumna, su tesista y su ayudante, me permitió conocerlo más de cerca y darme cuenta de su calidad humana. Siempre magnánimo, íntegro, cariñoso y sensible al dolor ajeno. Como alumna me enseñó a encontrarle un sentido y un uso práctico a la antropología, a esa antropología aplicada que nos permite construir una mejor sociedad. Siempre dirigiendo los esfuerzos al bienestar de las personas e invitando constantemente a sus alumnos a crear sus propias empresas culturales. Como tesista me ayudó a encontrar la “pregunta”, pero no sólo eso, sino que también me guio a ese admirable mundo que llamamos Sierra Tarahumara. Finalmente como su adjunta, me inspiró, a amar la docencia.

Como es bien sabido por todos, Sariego fundó la ENAH-Chihuahua (hoy Escuela de Antropología e Historia del Norte de México). Fue el antropólogo que abrió nuevos caminos para la investigación social en tierras nortenas, tierras olvidadas por los investigadores enfocados a Mesoamérica, pero que él con su ingenio, mostró que el norte estaba necesitado de ser investigado. Abriendo así una gran veta de estudios que han contribuido al desarrollo de la antropología mexicana en general, y de la antropología del norte en particular.

También fue el docente comprometido, querido y admirado por sus alumnos que, hasta los últimos días de su vida y con la enfermedad haciendo estragos en su cuerpo, continuaba dando clases en su casa. Es por ello, que me centraré en reflexionar sobre su práctica como docente, porque considero que ha sido una de las actividades en la que su ausencia se ha sentido profundamente, y que ha entristecido a más de uno.

El ser docente implica una labor de tiempo completo que no se limita a un salón de clases, y más cuando hablamos de

una docencia eficaz que se deriva de dos aspectos: la parte afectiva y la de contenido. En la primera se conjugan los sentimientos y las emociones, y en la segunda, se abarcan las cuestiones académicas de la materia a impartir. En los procesos educativos no sólo se transmiten conocimientos o se forma para ciertas disciplinas, sino que también, se transmiten valores. Los docentes que logran combinar estos aspectos en su práctica son maestros considerados eficaces, porque permiten crear ambientes idóneos para el aprendizaje. Juan Luis creaba estos ambientes dentro de su aula, además de ser ambientes también sociales, porque no sólo se enfocaba y dominaba la parte de contenido, sino que también, se abría hacia sus alumnos afectivamente. Parte de su tiempo lo utilizaba para indagar y saber más sobre sus estudiantes y, a su vez, darse a conocer también él. Ciertamente, la naturaleza de los alumnos es reflejo de una familia, una sociedad y una cultura; cuestiones que él tenía muy en claro como buen científico social. A él, no le importaba si eras un alumno de diez o de cinco. Para él todos valíamos lo mismo, y mejor aún, nos ponía más atención a los que no éramos de diez y tenía la habilidad de sacar lo mejor de nosotros. Un maestro siempre dispuesto a escuchar no solamente problemáticas académicas, sino también de índole personal; dando su apoyo moral, y muchas veces, hasta económico.

Preocupado por sus alumnos y por sus vidas, el maestro que preguntaba no sólo cómo estabas tú sino también cómo estaba tú familia. Empático y con un gran sentido de responsabilidad social, asumiendo un compromiso con sus alumnos más allá de sus obligaciones. Indudablemente, esto lo convertía en un docente ejemplar.

Muchos de los que fuimos sus alumnos y alumnas, hoy ponemos en práctica aquellos conocimientos y valores que nos transmitió, y no queda más que el agradecimiento y el reconocimiento a un gran docente que supo ganarse el respeto, el cariño y la admiración de todos.

Se nos adelantó al descanso eterno. Sin embargo, siempre estará en nuestros corazones, en nuestros pensamientos, en cada investigación y/o proyecto que emprendamos y en cada clase impartida, porque él nos enseñó el camino para hacerlo,

Gracias por todo lo vivido y todo lo compartido.

